

Mons. CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca



**"para que
vuestra alegría
sea completa"**

Colección

FORJANDO TU VIDA, IIª Serie

6

Mons. CARLOS GONZALEZ C.

OBISPO DE TALCA

A través de 33 años de vida sacerdotal he ido experimentando diversas crisis de maduración de muchos cristianos. He podido seguir de cerca a algunas personas que perdieron la fe en Dios y en la Iglesia; he acompañado personas paralizadas en su crecimiento espiritual; he visto al mortal, ya habiendo aceptado la fe, haberse muerto en su vida. He visto a algunas personas de Dios.

**“PARA QUE
VUESTRA ALEGRIA
SEA COMPLETA”**

Para acompañar a las personas en sus procesos de maduración y crecimiento espiritual estas reflexiones partiendo concretamente de alguien a quien prometí escribir por escrito una respuesta a sus conflictos.

Este “alguien” decía estar insensiblemente desorientado y se expresaba así:

“Ya no vivo y no creo porque no siento nada. El problema de Dios ahora me da lo mismo y dejé de preocuparme”. Al referirse al pecado me decía: “ahora creo que no tengo ninguna culpa verdadera”. “Perdí la confianza en las personas”. “Me siento inútil, y estoy angustiado”.

Existen muchas personas con estas características que viven en una profunda angustia y desesperanza. Este libro es un aporte a la psicología y a la teología de la esperanza psicológica y religiosa.

EDICIONES PAULINAS

INTRODUCCION

A través de 39 años de vida sacerdotal he ido constatando diversas crisis de maduración de muchos cristianos. He podido seguir de cerca a algunas personas que perdieron la fe en Dios y en la Iglesia; he acompañado personas paralizadas en su crecimiento interior y que, aparentemente al menos, se habían secado en su corazón porque había muerto su preocupación por la búsqueda del rostro de Dios.

Para ayudar a estas personas y acompañarlas en sus procesos de maduración y crecimiento escribo estas reflexiones pensando concretamente en alguien a quien prometí enviarle por escrito una respuesta a sus conflictos.

Este "alguien" decía estar tremendamente desorientado y se expresaba así:

"Ya no rezo y no creo porque no siento nada". "El problema de Dios ahora me da lo mismo y dejé de preocuparme". Al referirse al prójimo me decía: "Ahora creo que no tengo ninguna amistad verdadera". "Perdí la confianza en las personas". "Me siento inútil, y estoy angustiado".

Existen muchas personas ensimismadas, centradas en sus problemas, con una aparente seguridad y prepotencia. Están paralizadas con una serie de bloqueos psicológicos y religiosos. Manifiestan

*Con las debidas licencias
Todos los derechos reservados
Inscripción N° 57.190*

© EDICIONES PAULINAS

Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
Impresor: Pía Sociedad de San Pablo
Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
La Florida, mayo 1983
Impreso en Chile - Printed in Chile

una gran incapacidad de amar y de creer. Se sienten como un nudo ciego, sin salida y sin esperanza.

Son muchos los que se detuvieron en el camino del amor y de la fe; no buscan a Dios y parecen no creer en la fuerza del Cristo Resucitado. Han dejado de confiar en las personas y viven una soledad oscura y difícil.

También se producen crisis de fe en la Iglesia, en sus pastores y suele esta crisis estar acompañada de dificultades con los sacramentos, especialmente la confesión y la Eucaristía. En otros se producen crisis de esperanza o de impaciencias, quisieran ver mayor "eficacia" y la gratuidad de un amor desinteresado y poco "útil" no entra en sus esquemas mentales.

Casi siempre se trata de crisis transitorias; pero también existen quiebres prolongados o definitivos que, afortunadamente, no son tantos como parecen, ya que siempre el sol ilumina la oscuridad.

Por otra parte es sugerente la respuesta que entregó un religioso contemplativo al cual preguntaron por qué había ingresado al convento y él respondió: "Tenía la impaciencia de ser feliz. Todos buscamos la felicidad, 'hasta los que se van a hundir o perder', dice Pascal. Todos, tal vez, sin tener conciencia de este deseo que les habita. Tal vez no saben cómo nombrarlo y tampoco entienden cómo dirigir esta búsqueda de felicidad; pero todos buscamos ser felices. Yo quería ser feliz aquí abajo. Tuve la gracia de percibir muy pronto que la felicidad coincide con la búsqueda de Dios".

Esta respuesta del religioso, después de 40 años en el convento, refleja lo que buscan todos los seres humanos que aman la vida y aspiran a vivir días felices. Fue expresado hace muchos siglos por san Agustín: "Mi corazón estará siempre inquieto mientras no descanse en Dios".

Dios mismo ha colocado el deseo de la felicidad en nuestro corazón, ya que nuestra vocación más profunda es la vocación a la felicidad, a la plenitud. Siempre existen aspiraciones a sentirse comprendido, tomado en serio y ser querido. Todos queremos sentirnos útiles, capaces de "ser alguien" en la vida y todos deseamos la libertad.

San Pablo recuerda que "la vocación cristiana es la vocación a la libertad" y vivir en la libertad verdadera es la mayor felicidad. Son pocos los hombres totalmente libres; mejor dicho el Hombre realmente libre, así, con mayúscula, sólo ha sido Jesús, el Hijo de Dios encarnado. El es plenamente feliz y de El nace la verdadera felicidad.

Teilhard de Chardin escribió sobre tres grados superpuestos de felicidad: la felicidad de crecer, felicidad de amar y felicidad de adorar. Se trata de tres grados amarrados en el movimiento ascendente de la vida que es Dios. Son los caminos para vivir como hijos de Dios, en plenitud, con paz y alegría.

La vocación a la felicidad, construida en libertad, está siempre, en todos nosotros. Es un proceso permanente de crecimiento, y de unificaciones sucesivas hasta llegar a la madurez. Es "el nacer de nuevo" que explica Jesús a Nicodemo, es "el reves-



tirse del hombre nuevo creado en justicia, santidad y verdad". Es nuestra meta y nuestra vocación cristiana.

Jesús siempre es el principal constructor de este proceso interior. En Holanda a Jesús lo llaman "Zaligmaker", que se traduce en español, "el que hace feliz", excelente definición de nuestro Salvador y Redentor, quien nos dijo que había venido "para que tuviéramos vida y vida en abundancia". Todo viene de Jesús y así El desea que "su alegría y su gozo esté en nosotros". Es la alegría y la plenitud de Jesús que vive en nosotros (Jn. 15, 11). Se trata de la felicidad en la tierra, de la alegría en nuestra vida mortal y no sólo de una promesa de felicidad para el cielo.

La felicidad se juega siempre en el amor y las raíces de la felicidad siempre estarán situadas en los problemas de relación, ya sea con Dios, con los otros, con las cosas y con nuestro propio yo.

Estas relaciones fundamentales en las cuales se juega la felicidad tienen una manera o estilo de realizarse que ha sido presentado por Jesús en el Sermón de la Montaña, en las Bienaventuranzas. Allí el Señor muestra la mentalidad y los criterios para vivir en una verdadera relación con Dios, con el prójimo, con las cosas y con el propio yo. Allí está descrito lo que es el ideal de la vida cristiana que coincide totalmente con el camino de la felicidad. Por eso Jesús dice "felices los pobres, felices los misericordiosos..."

En las bienaventuranzas se va pidiendo, para ser feliz, la necesidad de tener espíritu de pobreza,

la necesidad de ser manso, misericordioso, de luchar por la justicia, de construir la paz. Inversamente, se va explicando que los injustos, los prepotentes, los ambiciosos están alejados de la verdadera felicidad.

Paso a paso, las bienaventuranzas van mostrando cómo relacionarse con las cosas, con el prójimo y con Dios. Es un camino ascendente que lleva a una felicidad basada en el amor. Son diversos peldaños para construir la felicidad en comunidad, en una mentalidad absolutamente opuesta al individualismo y a la comodidad.

La felicidad interesa a todos los hombres por su condición humana; pero la verdadera felicidad, sin una real vivencia de los valores cristianos nunca será una realidad. Esa es la gran tragedia del mundo contemporáneo, en el cual los hombres no tienen verdadera felicidad, aun cuando hayan llegado a grandes avances técnicos y científicos. Sin fe no habrá felicidad real porque la vida no tiene sentido si no se encuentra alguna razón por la cual vivir.

La felicidad es consecuencia y no finalidad de la vida. La meta es buscar y encontrar a Dios. La felicidad es el encuentro con Dios que trae la felicidad.

Estas reflexiones están orientadas a quienes van caminando hacia una plenitud, tal vez sin saberlo. Están pensadas para quienes están sufriendo en su crecimiento porque Dios los está purificando en sus vidas, en su fe y en su amor.

Esta carta está orientada a todo cristiano; pero tiene una acentuación especial para quienes están consagrados a Dios o están caminando a esa consagración en los seminarios y noviciados. Está pensada para todo aquel que trata de tomar en serio las consecuencias de seguir a Jesús y su Evangelio.



1. La fe cristiana: opción fundamental de la mente y del corazón

En la introducción he planteado dos realidades coherentes entre sí: la vocación a la plenitud y la situación de crisis de tantas personas paralizadas en su vida cristiana; en otras palabras el problema del sufrimiento y la felicidad.

Dos realidades de la vida diaria que necesitan encontrar orientaciones positivas y verdaderas ya que muchas situaciones tensas y conflictivas se van generando al no querer o no saber encarar ambas situaciones en forma realista y verdadera.

Al no abordar la vocación a la plenitud cristiana con toda su belleza y con todas sus dimensiones, se llega a una vida cristiana aburrida, sin alegría y el ser cristiano será sólo una obligación o un deber penoso. Si no se abordan las dificultades del crecimiento, las purificaciones necesarias en la oración, en la vida y el camino de la cruz, se vivirá siempre en una ambigüedad peligrosa y sin destino.

Pero, cuidado, abordar la vocación a la felicidad necesita previamente entender el sufrimiento en un paso profundo de fe. Es aceptar que Dios es Dios, el Primero y el Único. Es reconocer que Dios es Padre verdadero que desea la felicidad para sus

hijos porque los quiere de verdad. Sin este paso previo nunca podremos entrar en forma coherente en esta realidad y no encontraremos ninguna respuesta verdadera.

Esta aceptación es mucho más que cumplir mandamientos o esforzarse por ser correcto y bueno. Es aceptar el don de la fe en Jesucristo como luz y camino que lleva a la plenitud; como vida que inunda nuestra vida de felicidad. Es El quien nos comunica su paz y su felicidad. Por algo nos dice: "les doy mi paz".

Esta aceptación para el creyente significa una opción fundamental por Jesús y su Evangelio y es penetrar en la radicalidad de Dios, Unico Absoluto, y es seguir alegremente a Jesucristo, el rostro humano de Dios. Es vivir y crecer centrado en el Señor y así se entiende que san Pablo pueda afirmar que "todo es basura comparado con el amor de mi Señor". Es confiarle la vida y dejarse orientar por sus criterios y por su ejemplo.

Más que conquistar la felicidad en forma voluntarista, se trata de abandonarse en las manos de Dios para dejarse conducir por el Espíritu Santo en la confianza total del hijo que cree en la bondad de su Padre y en la posibilidad de que El nos lleve a una plenitud real, a una verdadera felicidad. Se trata de un abandono activo, de dar pasos tal vez muy dolorosos, para entregarse en las manos de Dios. No se trata de una pasividad cómoda y fácil porque la felicidad resulta de vivir radicalmente en las manos de Dios, aceptando la vida como un regalo de Dios.

Vocación significa llamado y la opción es la respuesta consecuente del hombre a ese llamado. Vocación y opción están profundamente entrelazadas y el camino a la felicidad pasa por esta opción fundamental de fe. Es acoger la vocación cristiana y es optar con la inteligencia y con el corazón, en forma vital, por Jesucristo y su Verdad.

Siempre entre la vocación de Dios y las respuestas del hombre se producen etapas y momentos. Habrá respuestas iniciales poco claras y, casi siempre, se produce un intento de olvidar que se trata de un regalo de Dios. La persona trata de responder a la vocación a la fe en forma voluntarista y fracasa estrepitosamente. Se van descubriendo las exigencias del Señor y se van constatando las dificultades para responder. Llega un momento en el cual se acepta que El responde por nosotros y ese es el momento de la opción fundamental de la fe con todo el corazón, con actitudes y con criterios consecuentes. Es abrirse a Dios y es atender a este amor de Dios que trae la fe. Es optar por el Señor, al modo de El, como hijo de Dios; es entrar en el estilo de Dios, en la línea del siervo de Dios. Deberá ser en forma creativa, encarnada en la historia actual ya que no se trata de una opción abstracta ni de una fe en el aire. Es aceptar ser hijos de Dios con todas sus consecuencias, en una línea, en un estilo, en un modo de ser que compromete la vida en todas sus dimensiones. Es aceptar ser hermano de los hombres y así vivir el mandamiento del amor. Será siempre en un proceso de permanente conversión y de crecimiento.

Es necesario recordar que el Espíritu Santo se comunica habitualmente a través de la Santa Igle-

sia, llamada a orientar estos procesos de fe. Ella nos da en los sacramentos, en especial en la Eucaristía y el Perdón, la posibilidad de un apoyo real. La Iglesia tiene una sabiduría de siglos y su Magisterio, con los sacerdotes y maestros del espíritu, entrega una gran riqueza a veces ignorada u olvidada.

Ideas básicas sobre la fe:

a) La fe es un regalo de Dios que El lo da a quien quiere y, como todo regalo, no se obtiene por méritos personales o por un certificado de buena conducta. Dios no lo niega a nadie porque Jesucristo fue enviado por todos y siempre el hombre de buena voluntad podrá descubrir luces de fe que crecerán por la perseverancia en la oración.

La fe, aun cuando es dada por Dios, se debe cultivar y desarrollar a través de los actos de fe y del ejercicio de vivir en la fe; pero habrá que pedir permanentemente el regalo de la fe. Es una opción de todos los días y no algo estático.

Jesús nos dice: "Pedid y recibiréis". La fe es débil, frágil y crece acompañada de la oración. Jesús nos dice: "Si ustedes tuvieran fe como un grano de mostaza, podrían trasladar las montañas". El grano germina, crece y se multiplica en forma extraordinaria; pero siempre que esa fe sea cultivada y alimentada con una verdadera vida de oración. La fe requiere un trabajo para llegar a "palpar" la presencia del Señor y su acción, hoy, en la vida de todos los días.

Ayudará mucho el apoyo de la comunidad que siempre estimula en la búsqueda del Señor porque la fe crece cuando se vive en comunión con otros.

b) Fe significa aceptar activamente a Jesucristo, el Resucitado, el Hijo de Dios, en su Divinidad y en su Humanidad y recibirlo como un regalo de Dios. Para dar este paso de fe habrá que renunciar a las seguridades humanas y colocar la confianza en el Señor. Cuando el Evangelio pide "dejar padre y madre" para seguir a Jesucristo está indicando dejar realidades que constituyen signos básicos de seguridad. Es dejar "todo" para correr los riesgos del acto de seguir a Alguien que, muchas veces, aparece lejano e inaccesible. Es vivir para El y no para nosotros mismos; aceptando que "ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Vivimos para el Señor y para el Señor morimos" (Romanos 14, 7), lo que significa cambiar radicalmente el centro de interés de nuestras vidas.

Pero, cuidado, vivir para el Señor significa actuar y vivir para los otros, en una dimensión comunitaria, eclesial y no sólo en una relación personal que puede ser un individualismo sutilmente disfrazado.

La incredulidad es algo explicable en el hombre y es interesante recalcar como en el Evangelio de san Juan, capítulo 12, se afirma que los fariseos "no creían en Jesús", "porque no podían creer". Tenían, tal vez, deseos de creer; pero prácticamente no les era posible "porque sus obras eran malas" (Jn. 3, 19).

c) La fe cristiana nace del hecho histórico de la Resurrección de Cristo y así san Pablo afirma

que “si Cristo no ha resucitado es inútil y vana nuestra fe”.

La religiosidad, es una tendencia natural en todo ser humano ya que el hombre es un ser religioso por estructura. Pero, diferentemente, la fe está colocada en un plano sobrenatural y significa pasar de las tinieblas a la luz; lo cual es posible porque Cristo resucitó y venció a las tinieblas, al pecado y a la muerte, para entregarnos la luz, la gracia y la vida verdadera.

En lenguaje cristiano la fe y la religión son realidades diferentes. Religión es la tendencia inherente e instintiva del hombre a buscar a Dios; la religiosidad natural se da en todos los pueblos aun en los más primitivos. El hombre siempre busca contacto con la divinidad y fabrica, frecuentemente, una diversidad de cultos y de dioses. La fe cristiana es la fe en Alguien vivo, en Jesús, el Hijo de Dios. El nos lleva al Padre y todo este movimiento es inspirado por el Espíritu Santo.

d) Sin la fe en Cristo Resucitado no habrá una verdadera oración cristiana. Fe y oración están integrados en una globalidad complementaria e inseparable y la realidad de la fe está siempre en consonancia con la vida de oración. Por esta razón los grandes pilares de la fe serán siempre la oración, la Palabra de Dios que se entrega de un modo privilegiado en la Sagrada Escritura y también se manifiesta en la Historia, en los acontecimientos, en los signos de los tiempos. Estos dos grandes pilares necesitarán traducirse en obras de amor porque la fe y la oración, si no están prolongados en obras de amor, carecen de sentido y de verdad.

e) Fe, Oración y Sensibilidad son problemas diferentes. Es importante saberlo y aceptarlo en la vida de todos los días. Puede haber fe y oración sin sentimientos religiosos sin que haya fe ni oración. La sensibilidad se encuentra situada en un plano diferente a la fe y a la oración. Habrá tiempos en que ambas realidades caminan unidas a la mano; pero, normalmente, esa concordancia es transitoria por tratarse de realidades diferentes.

f) ¿Qué sucede con la virtud de la esperanza?
¿Cómo se vive la justicia y con verdad?

La opción fundamental por la fe, si está bien orientada, lleva a un cristiano con esperanza, que se compromete en la justicia y con los oprimidos; alcanza una verdadera opción por los pobres y logra la “comunión y participación” que pidieron los Obispos en América Latina en Puebla. La fe verdadera lleva al Vaticano II, a Medellín, a un cristianismo histórico y encarnado en la vida actual.

“A la justicia desde la fe” se llega en forma realmente comprometida; pero cuando se parte desde la justicia, con criterios principalmente sociológicos, difícilmente se llega a un verdadero amor, a una fe verdadera.

Cuando la justicia no es buscada desde la fe se produce con relativa frecuencia que la ideología se transforma en realidad mayor que la fe. La fe pasa a un segundo plano y es utilizada por la ideología, sea de derecha, de centro o de izquierda. Se termina en una utilización del Evangelio y de la Iglesia, al servicio de la ideología, lo cual no es sano para la vida cristiana.

La justicia cristiana es mucho más que “dar a cada uno lo que le corresponde” y va mucho más allá de una correcta repartición de los bienes. La justicia cristiana llega a las personas que deben ser tratadas como presencias de Cristo, lo cual se traduce en relaciones de amor, de ternura y perdón. Esta justicia cristiana necesariamente sólo puede nacer desde la fe.

2. Cinco purificaciones necesarias para alcanzar la felicidad

El capítulo 15 del Evangelio de san Juan dice que “la vid necesita ser podada para dar mejores frutos” y los campesinos dicen que la parra llora cuando es podada. Es una operación dolorosa; pero necesaria para que la vid dé buenos frutos. Sin poda la viña da frutos de mala calidad y no adquiere fuerza o crecimiento. El sarmiento que no da frutos es aquel que puede pertenecer a una comunidad, pero no se deja guiar por el Espíritu; es aquel que come el Pan de Vida, pero no acepta ser asimilado por Jesús.

Lo que sucede en las viñas se aplica al hombre que también necesita ser purificado para dar mejores frutos. Jesús nos enseña a negarnos a nosotros mismos, a tomar nuestra cruz y nos dice que “si el grano de trigo no muere no dará frutos”. “Nuestro llanto lleva a la alegría, como el sufrimiento de la mujer que da a luz se transforma en gozo por haber dado un hijo al mundo”.

Toda plenitud es precedida por la purificación, dos realidades coexistentes en la vida humana y cristiana. No suceden siempre una después de otra o en etapas lógicas, predeterminadas; pero forman una unidad que se complementa.

Amor, Fe y Oración crecen y suelen ser purificadas por Dios en forma simultánea. Todo es inse-



parable, entrelazado y así las personas se van unificando por dentro. El camino cristiano es llegar a la madurez de ser hijo de Dios en plenitud, es llegar al amor de Dios y a los hombres en un amor de donación gratuita. Esta unidad sólo será posible cuando la fe, el amor y la oración se han purificado y han hecho una síntesis complementaria y armoniosa en el corazón.

Es el gran escollo para llegar a la plenitud de vida que se realiza, solamente, en Jesucristo Muerto y Resucitado. En último término la opción por Cristo se asienta, se purifica, se calibra y se solidifica en la Cruz, que es "Sabiduría de Dios". Pero, de hecho, todos nos detenemos frente a la Cruz y cuando un cristiano se encuentra en dificultades en su vida busca algún ajuste para no sufrir tanto y suele buscar compensaciones. Tantas quejas y lamentos en nuestra vida. Son demasiado frecuentes las evasiones y los reclamos contra todos y hasta contra Dios.

El drama se produce cuando la vida con sus problemas fundamentales no es afrontada con valor y realismo. Todo queda a mitad de camino y termina siendo una gran frustración.

La prueba, el desierto y la tentación, constituyen caminos normales para llegar a la Resurrección. Así Jesús fue conducido por el Espíritu para afrontar la tentación en el desierto. Anteriormente Moisés es enviado al desierto y a la soledad para prepararse a su misión liberadora del pueblo israelita.

Es la purificación del sentimiento y de los sentidos, es purificarse de los ídolos, que se llaman poder, sexo o dinero. Es la purificación del corazón

para llegar al corazón nuevo y al espíritu nuevo de que habla el profeta Ezequiel. Es la purificación del amor humano y de las relaciones con quienes nos rodean.

Presentaré cinco purificaciones necesarias para encontrar el camino de la felicidad cristiana:

A. La primera purificación:
LA PURIFICACION DE LA ORACION

La primera de las purificaciones se refiere a la relación con Dios que se expresa de un modo especial en la oración y los sacramentos.

En cada sacramento se debería producir un encuentro privilegiado con el Cristo Resucitado: en la confesión se encuentran caminos de perdón, en la Eucaristía se recibe el pan de vida, en el bautismo se nace a la vida de hijos de Dios y así cada acción sacramental tiene un valor especial. Al celebrarlo en comunidad se produce una purificación de la fe.

Oración y sacramentos son complementarios y se enriquecen recíprocamente; pero en estas reflexiones me referiré especialmente a la oración personal. Una buena oración se complementa con una vida sacramental y los sacramentos sin oración no dan todos los frutos que deben dar.

La purificación de la oración es la primera purificación porque está en relación directa con Dios. Previamente daré algunos conceptos sobre oración.

La oración:

- a) Se trata de la oración "a la manera de Jesús" o sea, de la oración cristiana "realizada en nom-

bre de Jesús, orientada al Padre e inspirada por el Espíritu Santo" y siempre para asumir la misión dada por Dios, en la búsqueda de su Voluntad y el servicio de los hombres.

Es la oración vigilante, atenta a los signos de los tiempos, a los llamados de Dios. Es la oración en nombre de Jesús, y no en nombre propio, la que va purificando, con la Palabra de Dios, los criterios, los modelos de vida y las corrientes del pensamiento.

Es dejarse cuestionar por la Palabra de Dios porque el cristiano reza para buscar la Voluntad de Dios, en el éxito o en el fracaso, en la cruz o en la alegría. Busca lo que Dios quiere en la abundancia o en la privación, en el buen tiempo y en el temporal.

Todo es consecuencia lógica de haber aceptado a Dios como Único y Primero y descubrir que su Voluntad es lo más importante de todo. Para el creyente habrá seguridad que, finalmente, es el querer del Señor lo que trae la verdadera felicidad. Su voluntad es nuestra Paz, servir es Reinar y caminar por sus senderos hace vivir con alegría y felicidad.

Rezar es asumir como Jesús la vida entera, tal cual la va construyendo. Es dejarse construir por Dios, por los acontecimientos, por la comunidad, en salud o en enfermedad, en pobreza o en riqueza, siempre que esta riqueza esté al servicio de todos.

Es alabar y adorar a Dios en su amor, en su bondad, en las alegrías, en las dificultades y en las tristezas. Es vivir el Padre Nuestro como el gran modelo de nuestra oración.

b) Siempre será fácil que la oración se transforme en un evadirse de los problemas de la vida y que se descuide la realidad histórica actual que tiene implicancia con la realidad en que se vive. Por esta razón no es posible olvidar lo que recuerda el profeta Isaías: "Si partes tu pan al hambriento y acoges al necesitado... entonces llamarás y el Señor te responderá" (Isaías 58, 7. 9).

La oración verdadera supone y se traduce en amor, en justicia y en verdad. La oración se refleja en compartir la vida, en servir al necesitado, en acoger al pobre. Es vivir el juicio final que presenta san Mateo en el cap. 25.

c) Habrá diversas formas de oración, que responden a situaciones y momentos diferentes. Así el Evangelio muestra la oración de súplica, al modo de Jesús, que en la noche del Getsemaní "suplicaba al Padre" y "se fue repitiendo las mismas palabras... de nuevo volvió... una tercera vez volvió..." (Mc. 14, 32-41).

El Padre Nuestro es la invitación a esta oración de súplica, es la oración de los pobres, de los pecadores, de los enfermos. Es la oración que hace el publicano, contrapuesta a la oración del fariseo; es la súplica de la viuda pobre frente al juez intolerante y duro, es la oración del discípulo que necesita de su Maestro y Señor.

Existe la oración de alabanza y de acción de gracia. Es el reconocimiento de que Dios es el Único y es la gratitud por todo lo que regala con amor a sus hijos. Es la oración agradecida del leproso mejorado por el Señor; es el canto de los ángeles

cuando el Salvador nace en Belén. Es la oración de Jesús que agradece y alaba a su Padre.

Es fácil entender la oración de abandono: el Padre Nuestro traducido en una actitud de entrega total al Padre para que se haga su Voluntad en todas las creaturas.

La oración de vigilia también es una realidad importante que se hace antes de los acontecimientos. Basta pensar en Jesús cuando hace oración en la vigilia de su Pasión y como la noche de su agonía, es una noche cargada de oración. Anteriormente El había dicho: "Vigilad y orad para no caer en la tentación".

Junto con las formas personales de oración es necesario siempre tener presente la oración comunitaria de la Iglesia. La Eucaristía será siempre eje y centro de la vida cristiana; la oración de los salmos en las horas y la oración de la Palabra son realidades importantes que no pueden estar ausentes. Se requiere una buena integración de lo personal y comunitario ya que son realidades necesarias y complementarias.

d) Entre las oraciones de decisiones para resolver alguna situación, el teólogo alemán K. Rahner ha escrito sobre la oración de la tentación.

La realidad de las tentaciones, ya sea de la carne o del espíritu, ya sea en el orden de la imaginación o de los deseos, constituye una realidad siempre presente y actual. Aun Jesús fue tentado por el Demonio y nos muestra la fuerza de las tentaciones. En la vida real no existen tiempos separados y siempre coexisten la dificultad y la gracia, en un combate permanente.

¿En qué consiste la oración de tentación?

“La oración de la tentación es huir de la debilidad propia a la fuerza de Dios. No es quedarse en sí mismo sino huir del peligro de la propia infidelidad y traición para apoyarse en la fidelidad de Dios”. “En la tentación no hay que hablar con la tentación sino con Dios y no sobre la tentación. Es necesario hablar con Dios sobre Dios, sobre su gracia y su amor”. “Reza en la tentación y no digas que no puedes. Dile a Dios, Tú puedes y sin ti no puedo vivir ni vencer” (K. Rahner).

Es elocuente lo sucedido entre Adán y la serpiente. Adán entró en diálogo con la serpiente, símbolo de tentación, y ahí estuvo su perdición que lo llevó al pecado original. Es lo que ocurre cuando se empieza a trazar con el pecado y se va falsificando, en forma sutil, la escala de los valores morales. Se entra en actitudes ambiguas y los falsos diálogos con la tentación terminan en el pecado. Sucedió a san Pedro que negó tres veces a Jesús por haber dialogado con la tentación: En cambio Jesús en el huerto de los olivos, al ser tentado, no entró en diálogo con la tentación, sino con el Padre, para asumir su Voluntad.

“La tentación siempre será una invitación al amor de Dios y la respuesta a esta invitación se llama oración”.

Así se entiende como Jesús, en el Padre Nuestro, no enseñó a pedir la gracia de no tener tentaciones sino “a no caer en la tentación”, lo cual es bastante diferente.

e) Tal vez más que escribir sobre oración debería invitarlos a rezar de verdad. Hagan la experien-

cia de darle tiempo al Señor, pierdan tiempo por Dios. Seguramente van a encontrar sus caminos propios, originales, no repetidos.

Oren en comunidad, con la Iglesia y por la Iglesia. Sólo en una experiencia vital de oración se logra valorizar y aceptar que los caminos de oración son verdaderos e importantes.

Pidan a Jesús que les enseñe a orar de acuerdo a su realidad personal. Acepten ser guiados por el Espíritu que ora en nosotros y con nosotros.

La purificación de la oración

La oración y los sacramentos constituyen los grandes ejes de la relación directa con Dios; ambas realidades tienen una dimensión eclesial, comunitaria y una dimensión personal.

Los sacramentos requieren ser purificados del peligro de ritualismo y la oración necesita purificarse del peligro de la sensibilidad y del sentimiento mal orientado.

Trataré exclusivamente de la purificación de la oración personal por creer que, si se logra una buena orientación en este aspecto, se podrá llegar mejor a una buena oración comunitaria y a una vida sacramental fructuosa que hará crecer a quien reciba estos sacramentos.

La oración, igual que todas las realidades humanas, necesita vivir en un crecimiento progresivo y cuando no se vive en la ley del progreso, fácilmente se cae en la rutina y en la mediocridad, en un estancamiento que arruina la vida interior. La

oración necesita crecer y evolucionar con los años, con situaciones nuevas, con diversos llamados que Dios va presentando en el camino de la vida. San Agustín escribió que “Dios está más dentro de nosotros que nosotros mismos” y para que el progreso sea verdadero se requiere llegar a una clarificación interior para que todo sea más puro y más verdadero. La oración para ser purificada, necesita ser desligada del miedo y de la búsqueda de intereses personales que no sean los intereses del Reino de Dios. Así la oración no será un negocio o una compraventa que lo desfigura todo.

La oración es fundamental y va con el ser cristiano y es verdad la experiencia que narra el mismo san Agustín cuando llegó el momento de su conversión. “Tú estabas dentro y yo estaba fuera”.

Una de las tragedias de nuestro tiempo es que la mayoría de los cristianos ha perdido la certeza de que la oración es una realidad intrínseca y fundamental al corazón del hombre y, de hecho, “rezan y van a misa cuando sienten necesidad” y dejan de hacerlo porque no “sienten necesidad o ganas de rezar”. Siempre llega un tiempo en el cual se deja de sentir a Dios y la oración se hace seca y oscura; en lugar de ser un consuelo se transforma en una dificultad. Es el momento en que muchos “pierden la fe” y así dejan la Iglesia.

Otro gran causante del alejamiento es la manera como vivimos nuestra condición pecadora personal ya que quien sólo reconoce su culpabilidad suele pensar que está manchado y que no es digno de estar cerca de Dios. Y así muchos se alejan porque la realidad del pecado o la pasión les ciega los ojos.

Vienen sentimientos de culpabilidad. Dios complica o molesta y se hace lejano e inalcanzable.

Cuando Dios deja de ser calmante, o se transforma en espina, es posible que se produzcan reacciones de alejamiento o se abandona la búsqueda del rostro de Dios. No debería suceder porque, en los caminos del Señor, es el momento de un nuevo paso de crecimiento. Cuando Dios, no es el Dios del sentimiento o se llega a tener conciencia de pecado, es el momento de reiniciar un tiempo nuevo, más profundo, con mayor humildad y madurez. ¿Por qué se produce esta insensibilidad y este sentimiento de pecado, casi siempre en forma simultánea?

La respuesta estará en descubrir y conocer los procedimientos y la mentalidad de Dios y no es posible olvidar que la desolación puede responder a una intención de Dios de purificar más aún el corazón, de algún apego a algo determinado que nos aleja del crecimiento. Puede ser la mano de Dios que llama a dar pasos nuevos que, sólo mucho después, se logran entender.

Los caminos del hombre

Las personas existen fuera de nosotros y pueden seguir viviendo sin nosotros; las cosas están afuera de nosotros y podemos ver como se gastan, se usan y se terminan. Con las instituciones, las tareas o profesiones, pasa algo parecido porque son temporales y pueden dejar de existir. No están insertadas en nosotros de un modo absoluto; pueden crecer, mejorar, a veces se corrompen y llegan a

sernos indiferentes. Todo depende del modo de relacionarnos con ellas. En las personas que amamos, familiares, amigos, comunidades, podemos ver sus defectos y errores y tenemos capacidad de criticar para valorar lo bueno y lo negativo y así podemos colaborar en su crecimiento.

Nosotros mismos tenemos la posibilidad y necesidad de medirnos en una sana y necesaria crítica. Podemos darnos cuenta de los éxitos y los fracasos, las reticencias y rechazos de quienes nos rodean. Tenemos posibilidades de crecer en un mejor conocimiento de nuestra verdad, en una integración más madura.

Vamos construyendo la vida con todo lo que nos rodea y vamos viendo lo que es el ideal comparado con la realidad. Nos damos cuenta de lo que es y lo que debiera ser. Constatamos éxitos, fracasos, avances, retrocesos. La confianza crece, se estimula, disminuye, etc.

Los caminos de Dios

Al querer aplicar mecanismos humanos a la relación con Dios se produce una sorpresa, que generalmente se transforma en paralización, para descubrir una realidad que no entendemos. Dios es Perfecto y nada hay de negativo en El. Dios habita en nosotros ya que somos templos de Dios. Estamos habitados por su Presencia y como escribe san Pablo "en Dios vivimos, nos movemos y somos". Nuestra realidad humana está basada en la acción de

Dios que nos ha creado, redimido, y es huésped interior en lo más profundo de nuestro ser. "Dios está más cerca de nosotros que nosotros mismos". Dios está en nosotros. Es nuestro mayor regalo, nos da la vida y en El subsistimos. Dios, es nuestra única seguridad. Tal vez no lo sentimos y no lo reconocemos; pero El es la fuerza y la razón de ser de nuestra existencia. Somos los templos vivos del Espíritu Santo.

Cada uno de nosotros es una Presencia del Señor y allí está la raíz de la purificación de nuestro amor a Dios. Dios tiene como recurso para purificarnos una gran herramienta que se llama su misterioso silencio.

No es el silencio de una presencia íntima que se siente sino el silencio árido de una ausencia. Es lo que los místicos llaman "la noche del alma", es la obscuridad en el cual el creyente "ya no siente a Dios".

Al no sentir a Dios desaparece el gusto de quien buscaba a Dios con el egoísmo del niño, por interés, para sentirse bueno o para sentirse bien.

Es una revolución interior que cuestiona nuestra fe, nuestro amor y nuestra oración. Es una purificación dolorosa que lleva consigo la tentación de arrancar y dejarlo todo y, sin embargo, solamente cuando se atraviesa este desierto, en el silencio de Dios, se crece en la oración y en la fe. Sólo entonces habrá progreso verdadero en la oración. En ese momento se podrá valorar quién es Dios y qué es el pecado; apreciando, más que los consuelos de Dios, al Dios que regala consolaciones cuando es mejor para nosotros.

Así se puede entender por qué los grandes santos se sienten pecadores: han descubierto el maravilloso misterio de Dios, la santidad y perfección de Dios, Santo por definición, y han reconocido mejor sus limitaciones.

La sabiduría de Dios, a través de su silencio, purifica el corazón para hacerlo crecer en la fe y en la oración. Se entra así en una batalla, a veces de muchos años, en la cual el corazón entra en la fe verdadera, desnuda. Es la fe de la Virgen María, es la fe de Abraham. Es la fe muchas veces desprovista de lo sensible; aparentemente pobre y seca; pero es la fe profunda y maciza de quien vive con su vida y con su corazón en las manos del Dios vivo y misericordioso.

“La oración verdadera, que no es encerrarse en uno mismo, se conoce por la caridad y por la conversión”.

El silencio de Dios es señal del respeto que tiene por nosotros. No quiere conquistarnos por regalos y desea que vayamos aceptándolo libremente, en una amistad que supera los intereses, para entrar en la gratuidad del amor, a la manera que El nos ama a nosotros.

¿Qué duración tiene este proceso?

La respuesta sólo Dios la puede dar. Ayuda meditar el texto de Carlos de Foucauld que escribe, en 1916, seis meses antes de morir:

“En cuanto al amor que Jesús me tiene, El lo ha probado bastante para que lo crea sin sentirlo. Sentir que amamos a Dios y que El nos quiere, sería el cielo; pero el cielo no está aquí abajo, fuera de algunos momentos y de raras excepciones”.

San Juan de la Cruz afirma: “Vivir en la fe; pero la fe es la noche”. Es muy difícil definir con toda claridad la misteriosa relación del hombre con Dios; pero sólo después de atravesar el desierto se llega a la claridad.

“Nuestra oración no es nunca tan real y tan profunda como cuando se desarrolla fuera del campo de la conciencia sensible. El que ora verdaderamente se pierde de vista, su única mirada es para Dios, y es una mirada de fe pura, de esperanza y amor, a la que nada sensible y a menudo nada sentido podrá consolar. Tenemos que estar plenamente convencidos de ello para que podamos ver con confianza el desarrollo de nuestra vida de oración... Cuando ya no caminamos sino obligados por la fe, cuando “permanecemos” ante el Santísimo Sacramento sin saber cómo o por qué, cuando nos entregamos al servicio de los demás sin gusto ni atracción, cuando las palabras del Evangelio o de la Liturgia nos parecen desprovistas de otro atractivo, y de todo poder emotivo, es precisamente entonces cuando se cumple en nosotros el misterio de la fe, y cuando empezamos a penetrar en aquella zona de nuestra alma en la que surge la vida divina. Únicamente a la luz de esta perspectiva y convencidos de su verdad, es como podemos reflexionar en el problema de la oración” (Voillaume).

¿A dónde lleva la purificación y el silencio?

No se trata de quedarse en los desiertos, en las obscuridades. Habrá que atravesar estos caminos y

entender que “el silencio es algo del cielo que desciende sobre el hombre”.

Esta purificación que siempre está entremezclada de silencios y de presencias, de luz y de obscuridad, es una etapa necesaria que no tiene una sucesión cronológica fija. No podemos olvidar que es Dios quien dirige nuestras vidas y El sabe como nos hace crecer en su amistad.

Al final será aceptar alegremente lo que dice el Padre Nuestro: “Padre, hágase tu voluntad”. Y será abandonarse en las manos del Padre en una oración de confianza.

El final será hacer de la oración un acto de amor y será hacer que la oración sea identificada con el amor.

Se ha escrito que la oración no es un medio sino un fin. Eso es verdad cuando la oración se ha transformado en amor, en confianza, en oblación.

Cuando orar es amar, cuando es buscar a Dios por amor y no por miedo, o por interés, se llega a una plenitud, a una felicidad. Es la identificación entre amor y oración. Es la oración que alcanza plenamente la libertad de los hijos de Dios porque se está viviendo intensamente en la Presencia de Dios, en el amor.

Entonces se entiende la oración del Santo Cura de Ars que manifiesta como única aspiración de su vida el amor a Dios y se atreve a decir que “amar a un Dios que nos crucifica es el amor generoso”. Ahí se entiende a santa Teresa de Jesús cuando dice: “Sólo Dios basta” y que no le mueve ni el cielo ni el infierno para querer a Dios. Le mueve sólo

Dios y esa es la Felicidad, a la cual estamos llamados los cristianos, según el precepto o proyecto de Dios.

“Mi Dios y mi Todo” dicen con alegría los santos, en una felicidad centuplicada, no basada en las cosas materiales o en el poder; pero sí basada en Dios que es Amor y Plenitud.

Hacer de la vida una Presencia de Dios, hacer de la oración un acto de amor, constituyen las metas de una vida en el amor; en Dios que crece en nosotros y nos lleva a la verdadera libertad, de la cual brota la alegría profunda, la paz serena y la felicidad del corazón.

Se trata de procesos permanentes de vida, de crecimientos, de tiempos oscuros y de épocas fáciles. Es una búsqueda, un camino, una historia que va dirigiendo el Señor y no nosotros. Es hermoso el texto del profeta “tendrán praderas en los desiertos; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol, porque LOS CONDUCE EL COMPASIVO que los lleva a los manantiales de agua” (Isaías 49, 9 y 10).

¿Subir o bajar?

“Todos los esfuerzos de ascesis o de oración que hacemos para adueñarnos de Dios son movimientos falsos: nos parecemos siempre a Prometeo que quiere apoderarse del fuego del cielo. Es muy importante mirar bien hasta qué punto este esquema de perfección sigue un trazado exactamente opuesto al de la perfección propuesta por Jesucristo

en el Evangelio. Olvidamos a menudo que Jesús no ha venido para los sanos, sino primero para los pecadores, los enfermos, en una palabra para los pequeños y los que no se encuentran bien debajo de su piel.

Jesús no ha propuesto una escala de perfección por la que se subirían progresivamente los diversos grados para poseer al fin a Dios, sino un camino descendente hacia las profundidades de la humildad. Ha expresado él mismo esta oposición entre estas dos maneras de ir a Dios en una pequeña frase que se repite en los labios de Jesús, sobre todo cuando los apóstoles quieren adueñarse de los primeros puestos: "Pues el que se ensalce, será humillado, y el que se humille, será ensalzado" (Mt. 23, 12; Lc. 14, 11; 18, 14).

Por eso, hay que elegir en la encrucijada: ¿Qué camino vamos a tomar para ir hacia Dios? ¿El de la subida o el de la bajada? Les digo inmediatamente, de acuerdo con mi experiencia, que si quieren ir a Dios por el heroísmo y la virtud, pueden hacerlo, están en su derecho; pero les prevengo, van a romperse la cabeza. En cambio, si quieren ir a Dios en el sendero de la humildad, es preciso que sea de verdad y que no tengan miedo de bajar a las profundidades de vuestra miseria.

Jesús ha personificado estos dos tipos de caminar en los personajes del fariseo y del publicano, que están el uno al lado del otro en el templo, es decir en el momento en que encuentran a Dios. El primero representa el caminar de una persona natural y humanista; el segundo figura el caminar propiamente cristiano, es el de la conversión.

Isaac el Sirio decía: "El que conoce sus pecados es mayor que el que por su oración, resucita a un muerto... El que durante una hora gime y llora sobre sí mismo es mayor que el que ve a los ángeles... El que solitario y contrito, sigue a Cristo es mayor que el que goza del favor de las multitudes en las iglesias" (Lafrance).

B. La segunda purificación: LA PURIFICACION DEL AMOR, LAS RELACIONES HUMANAS

Es la segunda purificación, consecuencia del amor a Dios. Por eso san Juan recuerda que "aquel que dice amar a Dios; pero no ama a su hermano, es un mentiroso".

El amor humano

- a) El amor humano, a semejanza del amor a Dios, necesita recorrer un camino de progreso y de crecimiento. El amor es búsqueda, es recorrer y crecer permanentemente a una madurez afectiva verdadera muy diferente al egoísmo disfrazado de amor.
- b) Es importante pasar de un amor de captación a un amor de oblación. Es la transformación de un amor que gira, muchas veces inconscientemente en torno a uno mismo, a un amor que se olvida de sí mismo para preocuparse más del otro y de los otros.

Al llegar a este amor de donación se inicia un amor verdadero que no es posesión o dominación de las personas. Cuando hay rasgos posesivos, prepotentes y avasalladores, es señal que todavía se está en el amor egoísta, amor peligroso y dañino para todos.

c) La relación verdadera de amor significa una relación cordial, de complementación y armonía, basada en el respeto a la diversidad de caracteres y de criterios. Es el amor que sabe escuchar y respetar a quien piensa diferente. Es amar "como" el Señor para lo cual habrá que entrar en el corazón del Evangelio que nos presenta el mandamiento del amor.

d) El gran riesgo del amor está en la utilización de las personas que se transforman en cosas o piezas necesarias. La utilización suele ser sutil e ingeniosa, muchas veces no premeditada e inconsciente. Es posible usar personas para adquirir promoción, en arribismos que llevan hasta vender la conciencia, para escalar posiciones o cargos importantes.

e) El amor no siempre está acompañado de sensibilidad y la relación entre amor y sentimiento evoluciona con los años. Es diferente el amor de los novios al amor de un matrimonio mayor. Es distinto el amor del padre por sus hijos que el amor de los hijos por sus padres. Personas aparentemente insensibles suelen tener gran sensibilidad interior y, al revés, algunas personas muy emotivas exteriormente, tienen una sensibilidad superficial.

f) La vida afectiva necesita educarse para progresar en el amor verdadero. Es un proceso dinámico,

difícil de llevar, y la meta será, como dice el Evangelio: "amarnos unos a otros como el Señor nos ha amado". Es necesario recordar que existen razones de amor y que también hay motivaciones por temor y por deber. Es un recorrido con metas finales; pero sin encasillamientos fijos. Más que llegar, lo cual es importante, se necesita caminar, sin calcular demasiado. Habrá que descubrir el valor de los gestos y de los signos que muchas veces tienen mucho más importancia que las palabras.

g) El amor busca la felicidad, pero esa felicidad no se logra sin la felicidad de los demás, sin ayudar a que los demás sean felices. Amar a la manera de Jesús significa asumir el camino que El nos abrió; es preciso amar a quienes nos rodean, familia, amigo, pero también se debe ir más allá, es preciso entrar en el camino de Jesús, es decir, comprometerse en la Construcción del Reino de Dios. El amor a "la manera de Jesús" lleva a luchar por un mundo más justo, más fraternal, teniendo siempre un amor preferencial y la perspectiva de los más pobres y de los que más sufren. Esto será de manera diferente en el matrimonio, en el sacerdote, etc., cada uno según su estado, vocación y carisma.

El amor verdadero lleva a salir de uno mismo, de nuestro círculo, para interesarnos por el otro, lleva al sentido pleno y profundo de nuestra vida, y este sentido se encuentra solamente encauzando nuestro amor en un ideal, en un proyecto de vida que tome nuestra existencia completa, y que no es otro, para los cristianos, que el seguimiento de Jesucristo, unidos en una profunda oración con El y siguiendo las orientaciones de la Iglesia.

La purificación del amor

Nunca se podrá vivir sin amar porque la ley del amor está impresa en el corazón. A veces se amará a sí mismo, se amará las cosas o el dinero, es la realidad del egocentrista o del avaro; pero lo sano es que el amor se oriente hacia las personas que nos rodean, y así, familia, hijos y amigos, van creando centros de amor. Todo siempre va entremezclado y el amor crea tejidos de amor y de esperanza. Las relaciones humanas, son hermosas, desconcertantes, con períodos fáciles, con épocas conflictivas.

En estos tejidos de amor, inevitablemente, van apareciendo las grietas, las contradicciones y las ambigüedades. Se esperaba tanto en una amistad y el amigo no supo responder, fue indiscreto o no supo apoyar cuando se le necesitaba. El matrimonio partió en forma maravillosa después de un noviazgo feliz. Se llegó al matrimonio con mucha ilusión; pero ahora... y se empiezan a ver los defectos que antes eran perdonados, o no se notaban. Los hijos son perfectos y extraordinarios; pero hasta cierta edad. Después, crecen y muestran aspectos negativos, a veces oscuros y tristes; se casan y forman nuevas familias con la consiguiente soledad de los padres ya envejecidos.

Es la ley de la vida y es el panorama normal en la vida afectiva. Aparecen los repliegues, las desconfianzas y la duda. ¿Es posible el amor como uno lo había soñado? Surgen preguntas: ¿existen los amigos de verdad? ¿La fidelidad conyugal es una leyenda que predicán los sacerdotes o puede existir

en verdad? ¿Acaso no he sabido educar a mi hijo? ¿Por qué ha salido tan egoísta y difícil?

El corazón se endurece hasta llegar, algunas veces, a transformarse en un corazón de piedra. Y ese hombre o esa mujer “aprendieron a vivir” para transformarse en personas defendidas, tristes o agresivas. Son los amargados de la vida que ya no creen en nada y en nadie. Son los que confundieron los momentos malos con las metas finales.

Es la reacción de muchos frente al amor no correspondido o frente a la confianza mal pagada. Desgraciadamente, es la reacción que destruye a los otros y significa la propia autodestrucción.

La respuesta cristiana consiste en detenerse, mirar lo sucedido, a veces las ruinas del incendio, para iniciar un cambio nuevo, para reconstruir el amor, con otras dimensiones, con madurez, como persona adulta que logra vivir con paz, aun en medio de las mayores dificultades.

Aprender a amar como el Señor es la tarea más importante en la vida cristiana. Trabajo lento, doloroso y difícil. Se puede entender la necesidad de perdonar; pero todos sabemos lo que cuesta el perdón. Se puede captar la necesidad de la misericordia; pero se trata de ser misericordioso sin ser paternalista.

Habrá que seguir a Jesús y aprender en su corazón como hay que amar en cristiano. El vino a dar la vida por nosotros y murió en la cruz entregando el perdón a quienes lo habían condenado a morir.

Seguir a Jesús es lo medular del cristianismo y sólo en ese seguimiento sincero es posible aprender a amar de verdad.

Jesucristo nos muestra el amor a los samaritanos que eran los marginados del pueblo judío. El nos presenta el amor a los pecadores públicos que eran condenados por la sociedad. Es la historia de Zaqueo o de la mujer adúltera.

Seguir a Jesús significa entender el perdón, la misericordia. Es creer en las personas aun cuando seamos defraudados. Significa dar oportunidad de redención.

Es reabrir diálogos cortados y construir puentes quebrados. Es aceptar al otro diferente, es compartir con los otros. Significa ser capaz de abrir horizontes y un lugar importante a quienes están cerca de nosotros.

Seguir a Jesús es hermanarse con el difícil, con el marginado y con el pecador.

“No se redime lo que no se asume” y es necesario asumir para redimir: aceptar para acoger; perdonar para poder entender; pero es asumir “como Jesús” la vida y los problemas del hermano.

Al recorrer este camino, al purificar nuestro amor y al hacer de la vida una oblación para los otros, se alcanza una felicidad insospechada para quien no ha recorrido este camino. Es la felicidad de vivir para los demás, es la alegría de darse, es la belleza de lograr que muchos crezcan. Es la felicidad y la plenitud hermosa del amor cristiano, a la manera de Jesús. Esa es nuestra vocación y ese es nuestro mandamiento.

Siempre en la purificación de la oración y en los caminos del amor habrá una mezcla de alegría y sufrimiento. El amor humano suele ser con sufrimiento

y el amor a Dios de quien lo busca en la oración también tiene su cuota de dolor. Pero hay alegría y hay paz. “Y el gozo se hace completo”, como dice Jesús.

La gran purificación, la poda de la cual habla el Evangelio de san Juan, se juega en la oración, en la relación con Dios y en el amor al prójimo, en la relación con los hermanos.

La purificación del amor en castidad consagrada

La castidad consagrada sólo se entiende en el amor y por amor y es el resultado de un camino recorrido en una elección libremente asumida en la fe. Significa creer que “todo es posible para Dios” aun cuando sea “imposible para los hombres”.

La castidad tiene elementos afectivos y tiene una realidad sexual. La castidad madura es la que logra unificar ambos aspectos en una elección exclusiva de amor por el Reino de Dios, por Jesús y su Evangelio.

Es un servicio de amor, una realidad positiva de oblación. Es un camino en el cual se crece y se progresa a través de los años, en la oración permanente, en la negación de sí mismo, atravesando la soledad y diversas tentaciones.

El celibato necesita ser asumido por amor al Reino, para un mejor servicio de la vida pastoral y no sólo como condición para llegar al sacerdocio, o a la profesión religiosa. No será comprendido por la gran mayoría de los cristianos y sólo Dios po-

drá dar la fuerza y la gracia para vivir en este amor de castidad consagrada.

Un celibato construido en el orgullo del amor propio, en una decisión voluntarista, suele ser débil porque no está cimentado en la gracia de Dios. A la inversa, un celibato humilde que tiene su base en la bondad y misericordia de Dios, tendrá verdadera solidez, porque será el mismo Jesús quien lo cuidará.

Al igual que en el amor al prójimo y que en el camino de la oración, el amor de castidad atraviesa crisis en diversas etapas de la vida. Es purificado por Dios, después de largos períodos suele llegar a una estabilidad y madurez serena y profunda. Se requiere gran apertura y simplicidad para aceptar ser guiado y acompañado hacia la maduración de una castidad consagrada por amor. Los repliegues sobre uno mismo hacen daño porque complican y acrecientan las dificultades, la apertura, en cambio, permite ser apoyado para superar, progresivamente, las tensiones o problemas.

Para entender el celibato se necesita comprender lo que significa una vivencia en la gratuidad del amor a Dios y al prójimo. Sin un amor basado en la gratuidad no hay celibato posible.

C. La tercera purificación: DEL ESQUEMA DEL PODER A LA ALEGRIA DE SERVIR

Tercera gran purificación que nace como consecuencia de la oración verdadera y del amor bien orientado.

Para muchas personas la vida se entiende como una posibilidad de ejercer autoridad con prestigio y poder. Siempre están buscando ser tomados en cuenta y quieren ser "importantes". Viven ansiosos de poder y angustiados en la búsqueda de poder ya sea para recuperarlo, adquirirlo o acrecentarlo.

El gran temor de estas personas es perder autoridad y se transforman en vanidosas, prepotentes, con un orgullo muchas veces escondido. Estas realidades se logran visualizar en el gobierno de una familia, en el ejercicio de un cargo, en la Iglesia, en una oficina, en el poder de un gobernante, en diversos niveles...

Esta ansiedad de poder se manifiesta también en lo relacionado con lo sexual, sea en el matrimonio o en otras manifestaciones del sexo. Igual cosa sucede con el uso del dinero, con la manera de adquirirlo y de conservarlo.

Coincidentemente estas personas, en sus diversas expresiones, no viven con felicidad y en sus vidas aparecen múltiples rasgos de tristeza, de fracaso y de amargura. Pareciera que mientras más se busca el poder, en estas variadas formas, más lejos se encuentra la posibilidad de la plenitud.

La explicación cristiana y la verdadera respuesta final consiste en que la felicidad no está en el poder sino en el servicio. Por algo Jesús recuerda que "el no ha venido a ser servido, sino a servir y dar la vida por muchos". La felicidad está en el amor y no en la dominación.

Se requiere un paso de purificación muy hondo para superar del esquema de poder y transformar el poder en un servicio de amor. Es hacer de

la vida una oblación para los otros en la cual el poder sólo tiene sentido cuando es para servir. Es valorar la pobreza, la humildad, el uso de los llamados "medios pobres". Es entender la cruz, signo de redención.

Un excelente ejemplo presenta Jesús en la Última Cena, en el lavatorio de los pies a sus discípulos (Jn. 13, 1 a 15).

Allí El enseña, prácticamente, lo que significa servir y no mandar. Allí muestra como el más pequeño es importante y como servir vale más que ordenar y disponer de la vida de los otros.

En este pasaje del Evangelio más que un "rito" hay una expresión de amor y así Jesús termina con estas palabras "ejemplo les he dado, hagan ustedes lo mismo".

Este ejemplo vale para todo cristiano; pero tiene un valor especial para el sacerdote diocesano, cuya orientación fundamental es seguir a Jesús, el servidor de Yahvé, en un sacerdocio que debe identificarse con la palabra servicio.

Todos necesitamos purificar el corazón para llegar a vivir en el servicio real a los hermanos. Sólo allí habrá verdadera felicidad. Es nuevamente retornar a las bienaventuranzas, a la felicidad que se juega en el amor, en la misericordia, en la construcción de la paz. Es la identificación con Jesús, el servidor de todos, especialmente de los más humildes y de los más pobres.

Esta purificación podría haber quedado incluida en la purificación del amor al hermano; pero he querido destacarla especialmente porque hoy se vive en la idolatría del poder. Esa es nuestra reali-

dad actual y esta idolatría está matando o secando a muchos corazones y a muchos países. Son muchos los que pierden su libertad y matan la libertad de los otros porque el poder, y el abuso del poder, aparece por encima de las conciencias, del bien común y de los principios morales. Se tiranizan los pueblos y los países y así la prepotencia mata las iniciativas y la creatividad.

La felicidad requiere una transparencia verdadera en todo lo relacionado con el uso del poder, del sexo y del dinero. Sin esta claridad nunca habrá plenitud y la alegría estará muy lejos de los rostros de los hombres.

Jesús, Servidor por definición, da el ejemplo y enseña que "no hay mayor amor que dar la vida por los hermanos". Esto sólo se consigue al transformar el poder, en sus diversas expresiones, en un servicio abnegado, silencioso, humilde y transparente.

Esta transparencia lleva al respeto por los otros, trae espíritu de reconciliación y evita el ser prepotente, autoritario o dominante. Aquí está la base para una buena convivencia y por esta razón ha sido uno de los aspectos más notables del Concilio Vaticano II.

D. Cuarta purificación: INTEGRAR LO NEGATIVO

Se trata de la cuarta purificación. En un libro sobre san Francisco de Asís, escrito por Leonardo Boff, está este pensamiento:

"En cierta ocasión escuché a un viejo, razonable, bueno, perfecto y santo hermano decir: Si oyes

la llamada del Espíritu, escúchala y trata de ser santo con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Pero si, por humana debilidad, no consigues ser santo, procura entonces ser perfecto con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Si, a pesar de todo, no consigues ser perfecto, por culpa de la vanidad de tu vida, intenta entonces ser bueno con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Si, al final, no consigues ser santo, ni perfecto, ni bueno, ni razonable, a causa del peso de tus pecados, procura entonces llevar esta carga delante de Dios y entrega tu vida a la divina misericordia.

Si haces esto sin amargura, con toda humildad y con jovialidad de espíritu, movido por la ternura de Dios, que ama a los ingratos y a los malos, entonces comenzarás a sentir lo que es ser razonable, aprenderás en qué consiste ser bueno, lentamente aspirarás a ser perfecto y, por fin suspirarás por ser santo.

Si haces esto día a día, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, entonces, hermano te aseguro que estarás en el camino de san Francisco y no te hallarás lejos del Reino de Dios”.

Más que luchar por ser santo parece más sabio trabajar por integrarlo todo, lo positivo y lo negativo, y así se llegará a la santidad por un camino de humildad. Es santo aquel que acepta la voluntad de Dios en su vida y busca el querer de Dios más que su prestigio o perfección.

El perfeccionismo, o sea el rechazo total a lo negativo de nuestras vidas, ha hecho mucho daño

en la Iglesia. Ha creado aparentes modelos de virtud; pero no ha entregado cristianos con paz y con alegría de vivir. El camino de la integración hará posible que un pecado asumido con humildad sea camino o inicio de un encuentro profundo con Dios y no el iniciar una destrucción de todo lo ya construido.

Boff escribe sobre “la negatividad asumida con amor y cordialidad” y “el vivir alegremente lo que no se puede cambiar”.

No vivimos en el mundo que queremos, sino en el que se nos impone. Ni hacemos tampoco todo lo que deseamos, sino tan sólo lo que se nos deja y se nos permite. Sólo una visión idealista de la historia y del individuo puede concebir la libertad como pura espontaneidad y creatividad. La libertad se verifica en el interior de un espacio concreto y, su ensanchamiento supone siempre un costoso proceso de liberación. Es propio de la madurez asumir con serenidad y desprendimiento interior aquellas realidades que, objetivamente, no podemos modificar. La fragilidad humana, de la carne y del espíritu, constituyen una limitación demasiado real que necesita una gran integración global y positiva en toda nuestra personalidad.

E. La quinta purificación:

ASUMIR

ALGUNAS REALIDADES DE LA VIDA

Con alguna frecuencia se encuentran buenos cristianos con verdadera vida de oración y madura-

mente afectivos en sus relaciones de amor con sus hermanos: pero en sus vidas no hay alegría de vivir y no muestran poseer espacios reales de libertad en sus corazones. Incluso en personas consagradas a Dios aparecen, con relativa frecuencia, rasgos amargos y frustraciones. Se perciben insatisfacciones, crisis de esperanza y ausencia de felicidad.

Una posible explicación a estas limitaciones está en no haber asumido algunas realidades fundamentales de toda vida humana. Me refiero a las enfermedades, a la ancianidad, a la muerte, a los fracasos. Son realidades inherentes a la persona humana que si no han sido asumidas y purificadas, con los ojos de la fe, crean problemas y angustias que traen una cuota alta de sufrimiento.

Todo nace de no haber alcanzado una opción fundamental y vital de la fe ya que sin esta opción vital no habrá felicidad o plenitud. Es la fe la que puede dar respuesta a estos problemas y, si esta fe está mal orientada, estas respuestas no llegan.

Asumir enfermedades y el paso de los años

¡Qué fácil es constatar las rebeldías frente a las enfermedades y la ancianidad! Son pocos los que saben envejecer en forma sabia y tranquila y son muchos los que pretenden seguir viviendo jóvenes. Tantas “mentiras piadosas”, para esconder la edad y las enfermedades. Tantos mecanismos de defensas para no asumir estas realidades. Es el problema psicológico de no querer ver una realidad que depende de la acción del tiempo y de los caminos de Dios.

Es hermoso ver envejecer sabiamente a una persona y hace bien constatar cuando alguien asume, dignamente y con paz, una enfermedad. Qué penoso es ver personas aterradas por la posibilidad de tener cáncer, u otra enfermedad grave y qué desolador es encontrarse con personas dominadas por el miedo a la vejez, o a sufrir una operación grave.

Pasar de la humillación a la humildad

El fracaso y el éxito son realidades permanentes en toda vida humana, al igual que el invierno prepara las primaveras y los otoños preparan los inviernos. Siempre los éxitos y los fracasos se van entrelazando y complementando recíprocamente.

Los éxitos son bien acogidos; pero con los fracasos suele producirse en algunas personas una estrategia inconsciente, una complacencia en la humillación, un gusto por la tragedia. Se sienten “víctimas” o “mártires” sacrificados por la familia, por la Iglesia, por la comunidad. Viven con la tristeza de sentirse usados sin entender que, con frecuencia, son causantes de su propio juego. Sienten un desprecio interior al juzgarse fracasados o no valorados por quienes los rodean.

Estas reacciones van mezcladas con sentimientos negativos de culpabilidad, con cargos y culpas no redimidas, con la idea de haber cometido errores que no repararon en el tiempo oportuno. Se producen sentimientos de autocompasión, de humillación masoquista, en un afán de recibir castigo para reparar fracasos, pecados y limitaciones.

La solución será pasar de la humillación a la humildad, o sea, a la tranquila aceptación de la verdad. En un proceso de maduración en la verdad que hace libre y lleva a la verdadera libertad.

Humildad es sinónimo de verdad; pero humillación es signo de negatividad. Se requiere reconocer la diferencia y afrontar el fracaso con espíritu de humildad lo cual hace crecer y permite vivir con paz y serenidad. Al llegar a la humildad se logra entender y dar el perdón uno de los grandes valores que nos enseñó Jesús.

Aceptación de la muerte

La Madre Teresa de Calcuta ha creado un hogar para moribundos y al preguntarle por qué no había organizado un lugar para sanar a los enfermos afirmó que lo más importante era morir bien y que el vivir no era de tanto valor comparado con el morir bien. El asumir la realidad de la muerte, en una mirada de peregrino que viaja a la casa definitiva, permite afrontar este paso en forma cristiana y es necesario hacerlo. "La muerte es el complemento de la redención" ha escrito Juan Pablo II, y en esa perspectiva todo adquiere una dimensión diferente.

Sobre la realidad de la muerte y su relación con la resurrección final, la Iglesia siempre nos muestra el rostro de Cristo en su Pasión y en su Resurrección. El supo mostrarnos el camino y el estilo. Hubo sufrimiento, miedo y turbación; pero el triunfo del Domingo de Resurrección muestra la fuerza de

la vida sobre la muerte, el triunfo de la alegría sobre el temor, la superación del sufrimiento por la plenitud.

Enfermedades, ancianidad, muerte y fracaso, en diversos aspectos, pueden ser asumidos y aceptados como algo inevitable; pero lo que realmente es valioso será asumir estas realidades como enviadas por Dios, en forma positiva, con amor y con paz.

El Reino de Dios es más fuerte que la muerte y es mucho más importante que todas nuestras limitaciones. "El Reino de Dios es lo único absoluto" y "todo lo demás es relativo" (Paulo VI).



3. Sufrimiento, amor y felicidad

La humanidad siempre tendrá en su vida el misterioso signo del sufrimiento y siempre los hombres han buscado soluciones para evitarlo. Desde el pecado de los primeros padres hasta el final de los tiempos el dolor humano atravesará los siglos en compañía del hombre.

Cristo ha enseñado a transformar el sufrimiento en signo de salvación y ha hecho de la Cruz un signo de esperanza y liberación. Juan Pablo II ha dicho que “la cruz pertenece a nuestra condición existencial” (30-III-1983).

También el deseo de la felicidad está adherido a nuestra personalidad porque siempre todos buscamos encontrar el camino hacia la paz y la alegría.

Todo va entrelazado y en estas páginas he tratado de mostrar las purificaciones necesarias para llegar a la felicidad cimentada en una opción vital de fe en el Señor Crucificado y Resucitado.

Siempre nuestra vida cristiana será dolor y alegría, cruz y resurrección, gracia y pecado. Esa es la condición humana.

El amor es el único lazo que puede unir estas realidades contradictorias, y complementarias. El amor hace posible entender como lograr esta síntesis en la cual todo adquiere sentido y explicación.

Jesús nos muestra el camino. En El hay una síntesis perfecta que nos permite decir como El es el "Zaligmaker", el que trae y produce la felicidad.

Para entender esta verdad y tener esta experiencia es necesario entrar en la mentalidad cristiana y haber dado ese paso de fe, esa opción fundamental por Jesucristo. Sin este paso todo lo escrito no tiene ningún sentido y ninguna solidez.

Es haber creído y aceptado el Evangelio, con su mentalidad, con su escala de valores, con las bienaventuranzas. Entonces las purificaciones se transforman en puentes hacia el amor y la felicidad.

Purificación y Cruz, constituyen para muchas personas palabras equivalentes a fracasos y destrucción; pero en la pedagogía de Dios son peldaños en una escala que lleva a la plenitud, a la felicidad, a la libertad total. Todo siempre va profundamente unido y se suelen mezclar los crecimientos con los fracasos. La plenitud camina junto con la purificación.

Si se llega a esta fe viva habrá energía y esperanza; pero si la fe quedó sólo en un sentimiento, el edificio interior se derrumba y se produce un vacío desolador.

"Sólo el exilio enseña lo que es Patria" decía Claudel y sólo pasando por la purificación se llega a la plenitud de la felicidad.

La felicidad es nuestra más profunda vocación; pero para llegar a encontrarla habrá que pasar por el miedo, la agonía, la angustia y la tristeza, como Jesús en el Huerto de los Olivos. El llega a la Resurrección pasando por la Pasión y la Cruz.

En esta perspectiva, se encuentran caminos en el diario vivir. Se superan mentalidades negativas y pesimistas porque se ha entrado en una visión positiva del caminar humano. Y Dios da una felicidad sin límites y una alegría que nadie podrá quitar. Por esto san Juan dice en su primera carta "les escribimos esto para que vuestro gozo sea completo" (1 Jn. 1. 14).

Sólo entonces se entienden los silencios de Dios y la purificación del amor. En estas circunstancias la fe adquiere una dimensión aplicada a los problemas reales que cambia muchas perspectivas. Así, el sufrimiento, que suele darse junto con el amor, adquiere una dimensión diferente.

Este es el camino de los santos. Es el camino de la Virgen María que vive feliz, y dichosa, en medio de la obscuridad del nacimiento de Jesús, en Belén. Es la palabra bíblica: "Aun cuando los campos no den cosecha y no queden vacas en el establo, yo estaré feliz en el Señor, mi Salvador".

Este es nuestro camino y así es nuestra vida cristiana. Así se cumplirá la palabra de Jesús: "Les he dicho estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y vuestra alegría sea completa" (Juan 15, 11).

Así se entienden las ocho bienaventuranzas que ofrece la felicidad en la tierra a quienes escogen el camino de los pobres, de los misericordiosos. Es la felicidad ofrecida a quienes luchan por la justicia y por la paz. "Será feliz aquel que puso su confianza en el Señor" (Salmo 39). Es la felicidad de quien busca a Dios por encima de todo y recibirá del Señor, como consecuencia, el regalo de la felicidad.

No es la felicidad buscada por sí misma sino más bien la plenitud que llega entregada por la bondad y la ternura de Dios.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Talca, 3 de abril de 1983.

En la fiesta de la Resurrección del Señor.

INDICE

| | |
|---|-----------|
| Introducción | 5 |
| 1. La fe cristiana: opción fundamental de la mente y del corazón | 13 |
| Ideas básicas sobre la fe | 16 |
| 2. Cinco purificaciones necesarias para alcanzar la felicidad | 21 |
| A. La purificación de la oración | 24 |
| La oración | 24 |
| La purificación de la oración | 29 |
| Los caminos del hombre | 31 |
| Los caminos de Dios | 32 |
| ¿A dónde lleva la purificación y el silencio? | 35 |
| ¿Subir o bajar? | 37 |
| B. La purificación del amor, las relaciones humanas | 39 |
| El amor humano | 39 |
| La purificación del amor | 42 |
| La purificación del amor en castidad consagrada | 45 |
| C. Del esquema del poder a la alegría de servir | 46 |
| D. Integrar lo negativo | 49 |
| E. Asumir algunas realidades de la vida | 51 |
| Asumir enfermedades y el paso de los años .. | 52 |
| Pasar de la humillación a la humildad | 53 |
| Aceptación de la muerte | 54 |
| 3. Sufrimiento, Amor y Felicidad | 57 |